

EN SAN ANGEL

Jorge Márquez Lozornio

Te reíste muchísimo cuando sorbí todo el posible olor de la rosa roja que recogí de entre los desperdicios de la glorieta de las flores en Chapultepec. Reíste con ese delicado tono de burla que te pasa tan inadvertido y yo alentado continué con mi maravilloso espectáculo: representaba *La Cursi Vita* y me divertía viendo cómo la gente del camión me tomaba en serio. Extendiendo el brazo retiré la flor mientras suspirando echaba la cabeza hacia atrás con los ojos en blanco y ponía la otra mano abierta sobre el pecho (todo al mismo tiempo, uf) y sostuve la pose, uno, dos, tres, cua/ me atacó de risa y tú dijiste ay sí tú.) No es cierto, no fue eso pero ahorita no me acuerdo qué). Te di permiso de aspirar todo el aroma de mi amor/ digo, de mi flor, y lo hiciste complacida, me pareció que te divertías. Habíamos hablado de lo cursi y habíamos llegado a dos conclusiones: 1, que todo lo sentimentalón era cursi/ el camión se detuvo por no sé qué latoso desperfecto y dudamos en bajarnos (lo que hace la mano hace el atrás) pero no. El desconcierto de los viajantes era evidente, pero molestos y con prisa bajaron algunos. Entre murmullos destacó la cancioncita de una caja de música del pasado y tras las vidrieras de

cualquier Sanborns se fueron enfocando los armaritos labrados con refinadísimo gusto, las estatuillas y adornos con tonos pastel y consistencia de alfeñique y me envolvió tu voz; los pasos de la gente se reflejaron primero en el cristal y siguieron los faros de los automóviles en movimiento constante hasta que se perdieron las imágenes y el desorden del camión me despertó, te miré y parecías inquirir algo, balbucí no sé qué y el camión arrancó por fin. ¡Ah! 2, que como en una época tan (a toda madre) atómica la gente se olvida de ciertas cosas (tal vez por difíciles) y piensa sólo en apariencias y etcétera, nosotros (siempre taaan sublimes, taaaan espirituales) nos afianzábamos a la cursilería como símbolo del amor y de la comprensión perdidos. Te seguí mientras bajabas y te reíste cuando se me abrió la bragueta al bajar, porque se descompuso el cierre. Lo arreglé y empezamos a caminar. Hacía mucho frío y no tenía ganas de hablar. Las calles subían y/o bajaban y el empedrado tenía brillos azulosos de los faroles de luz mercurial. Traté de comentar algo sobre ellos pero no supe a qué estilo pertenecían. Veía las fachadas de las casas de San Ángel y me imaginaba su interior confortable y suspendida en el aire la cordialidad

arrullada por los reflejos en movimiento de la chimenea y el humo de las bebidas calientes. Después torció la calle deslizándose serenamente en la penumbra. Quise hacer comentarios sobre los tipos arquitectónicos de las casas pero ignoraba todo, además algo me lo impedía, algo así como caer en una pose, como crear una situación agradable a la sensibilidad y abandonarme en ella. Me dieron ganas de hacer y me esperaste mientras orinaba en un terreno sin construir y oscuro; tuve problemas con el cierre que pronto solucioné. Te habías adelantado porque venían unas personas pero corriendo te alcancé. Platicamos algo más bien por compromiso y me mostraste una casa que perteneció a quiénsabequién y que ahora se consideraba como monumento histórico o qué sé yo. Las losetas de las casi banquetas muy alineadas pasaban bajo nuestros pasos y yo no supe si eran de un material o de otro y me dio mucho gusto. Todo empezó a acomodarse en su sitio y a tener su función propia: las losetas eran las losetas y servían para

formar las banquetas y se veían muy bonitas, los faroles iluminaban las calles y conservaban el ambiente de otra época y así quietecitos permanecerían como guardianes, los muros, las enredaderas y las puertas labradas y todo el Pedregal perdió su tono de escenografía que debe inspirar al actor para convertirse en realidad. Seguimos camine y camine y caminamos mucho, compramos cacahuates y los comimos como desesperados y luego comiendo una torta y luego esperando mi camión platicamos animadamente de cosas y de más cosas y luego nos despedimos y yo tomé mi autobús mientras tú sonreías con una muy tuya sonrisa de despedida (que algún día analizaré).

Nos hemos visto muchas otras veces y hemos hecho larguísimos recorridos. Hemos platicado de muchas otras cosas, hemos reído y hemos permanecido circunspectos. Pero no fue hasta que recordé nuestra caminata en San Ángel cuando se precisó mi noción de lo cursi.

31-12-67